

# Las semillas y la levadura

Jesús, por medio de varias parábolas, se refirió a distintos aspectos del reino de Dios. La primera, llamada a veces la parábola del crecimiento de la semilla, es la única de las tres que se encuentra en el Evangelio de Marcos. Dice así:

*Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra. Duerma y vele, de noche y de día, la semilla brota y crece sin que él sepa cómo, porque de por sí lleva fruto la tierra: primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado. (Marcos 4:26–29)*

En esta parábola, Jesús compara el reino con el proceso de siembra de las semillas, fructificación y siega.

El propósito de la parábola no es acusar al agricultor de perezoso, indolente o desconocedor de las prácticas agrícolas. Más bien señala que entre el momento de la siembra y el de la siega, si bien las acciones del agricultor constituyen una ayuda, no son lo que hace crecer la semilla. Él simplemente espera a que la semilla pase por las distintas fases de crecimiento y dé fruto.





La semilla —en este caso de trigo— crece por sí sola. La hierba tarda en abrirse paso por entre la tierra; luego se forma la espiga, que con el tiempo madura y queda lista para la siega. Todo el proceso hasta que la planta da fruto toma tiempo, y ese proceso no lo causa nada que haga el agricultor, aparte de esparcir las semillas. La lluvia, los elementos del suelo, la vida que hay en la semilla —productos todos ellos de la creación de Dios— son lo que determina el crecimiento de la semilla. Una vez que se ha plantado, cumple a cabalidad su propósito. Y cuando la planta se ha desarrollado plenamente, viene la siega.

¿Qué da a entender Jesús sobre el reino al contar esta parábola a Sus oyentes? Está explicando que el reino es como un proceso de crecimiento que se produce automáticamente y desemboca en la fructificación y la cosecha. La inactividad del agricultor muestra el paso del tiempo: duerme, se despierta, día tras día, y durante ese tiempo la semilla se desarrolla por sí sola. A la larga, cuando el grano madura, se mete la hoz, porque la siega ha llegado.

Segar la mies con la hoz sugiere castigo, en este caso castigo futuro, después que el grano alcance su máximo desarrollo. En otra parábola Jesús dice:

*La siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. (Mateo 13:39)*

Jesús cuenta esta parábola para ilustrar que el reino de Dios paulatinamente está tomando forma, sin importar cuáles sean los esfuerzos que hagan las personas por promoverlo o combatirlo. El elemento central es la semilla: su crecimiento gradual hasta convertirse en hierba, hasta que se forma el fruto y de ahí hasta el tiempo de la cosecha. Es un proceso que toma tiempo, pero que avanza inexorablemente día tras día. El agricultor sabe que, una vez que esparza las semillas, no hay nada que él pueda hacer para acelerar el proceso. Por otra parte, tiene la certeza de que la semilla dará fruto, y cuando lo haga, vendrá la cosecha.

Para captar el mensaje que pretendía dar Jesús, conviene recordar que Su público eran personas que habían presenciado Su ministerio —por una parte Sus discípulos, por otra los que se congregaban para escucharlo—, personas que tenían las típicas expectativas judías con relación a la misión del Mesías. Esperaban un rey o gobernante que se alzara, rompiera los grilletes con que los oprimían las autoridades romanas y le devolviera al reino de Israel su antiguo esplendor.



Jesús predicaba el reino de Dios; pero el reino que anunciaba no se ajustaba a las típicas expectativas de la gente de la época. Sanaba a los enfermos, daba vista a los ciegos, hasta resucitó muertos; pero no abordaba la cuestión política. No había indicación alguna de que se estuviera preparando para derribar el régimen romano. Es posible que el entusiasmo de algunos que inicialmente habían recibido bien Su mensaje estuviera comenzando a decaer. Quizás algunos cuestionaban Su mensaje y Sus métodos, hasta el punto de que, como cuenta el Evangelio de Juan,

*Muchos de Sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con Él. (Juan 6:66)*



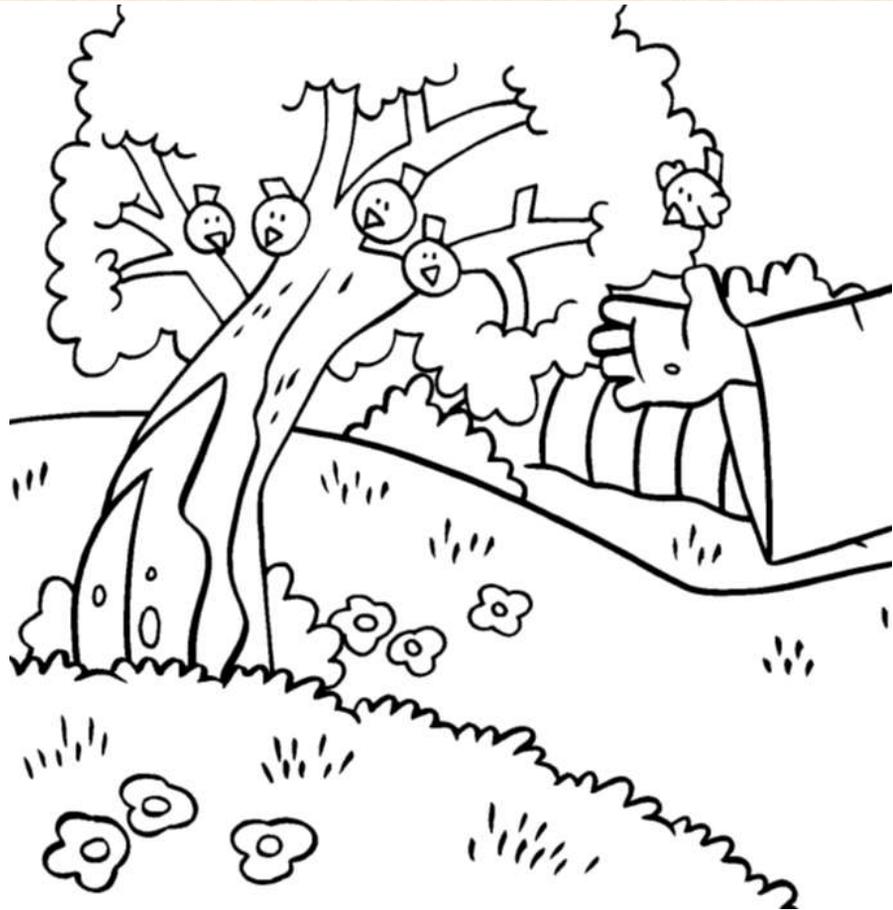
Claramente algunos, al no cumplirse sus expectativas, ponían en duda que Jesús pudiera ser el Mesías. En esta parábola, Él aclaró que los oyentes tenían que ampliar, por una parte, su concepto del reino, y por otra dejar que transcurriera un tiempo para que estuviera plenamente vigente. El reino, como la semilla, tarda en pasar por todo el proceso desde la siembra hasta la cosecha. Se demora en dar fruto; pero cuando lo haga, ciertamente vendrá la siega.

En las otras dos parábolas, Jesús da un mensaje similar. La primera es la de la semilla de mostaza, y aparece en los tres evangelios sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas.

Mateo la refiere así:

*El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo. Esta es a la verdad la más pequeña de todas las semillas, pero cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas. (Mateo 13:31–32)*

Decir que la semilla de mostaza es la más pequeña de todas corresponde al uso proverbial de tal semilla entre los judíos y grecorromanos para referirse a algo minúsculo. No quiere decir que no existan semillas más pequeñas. Las hay. Pero esa era la más pequeña de las que plantaban los agricultores de la época. La mayoría de los comentaristas coinciden



en que la semilla en cuestión debía ser de mostaza negra (*Brassica nigra*). Se trata de una semilla minúscula que produce una planta grande, que alcanza una altura de 2,5 a 3,5 metros, tanto como algunos árboles. El tamaño de la planta permite que los pájaros aniden en sus ramas, con lo que cumple función de árbol. En la parábola, Jesús señala el contraste entre la minúscula semilla y la planta alta que sale de ella.

Al equiparar el reino con una semilla de mostaza, Jesús quiere dar a entender que aunque el reino que Él anuncia sea en ese momento minúsculo, alcanzará un tamaño enorme comparado con el del

principio. Quiere mostrar el contraste entre la pequeñísima semilla y el tamaño del resultado final.

En la tercera parábola, que refieren tanto Mateo como Lucas, Jesús da un mensaje similar. Veamos lo que dice:

*El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado.  
(Mateo 13:33)*

En la parábola, la harina con la que trabajaba la mujer (tres medidas) era suficiente para preparar ciento cincuenta barras de pan, una cantidad nada despreciable. A esa masa le agregó una pizca de levadura y la dejó reposar, probablemente durante la noche, para darle oportunidad de subir. Durante ese tiempo, el poco de levadura afectó a toda la masa e hizo que su volumen se duplicara o triplicara.

Esta parábola, al igual que la anterior, muestra que con el tiempo los humildes comienzos del ministerio de Jesús darán lugar a un tremendo crecimiento y expansión del reino. Al igual que la parábola de la semilla de mostaza, esta describe el proceso de crecimiento del reino, que de algo pequeñísimo saldrá algo sorprendentemente grande.



Hoy en día, la verdad contenida en estas parábolas es evidente. En los años posteriores a la muerte y resurrección de Jesús, el reino lentamente comenzó a crecer. No se cumplieron las limitadas expectativas de la gente de la época, pero se ha extendido por el mundo entero. Con el tiempo, el crecimiento que se ha producido a partir de esos humildes comienzos ha superado las expectativas que había en aquel entonces. Tan seguro como que el reino se ha expandido a consecuencia de las semillas sembradas en tiempos de Jesús es que seguirá creciendo hasta la cosecha. Así como el reino no ha parado de crecer —como dio a entender Jesús en estas parábolas—, se nos garantiza que llegará el tiempo de la siega.

Una de nuestras misiones como cristianos es continuar difundiendo el mensaje del reino, comunicar la buena nueva e invitar a otras personas a incorporarse al reino de Dios, iniciándose en el conocimiento de Jesús y aceptándolo como su Salvador, para que ellas también disfruten de vida nueva. Cada generación de cristianos, desde la época de Jesús hasta ahora, ha anunciado el reino y ha hecho así su parte para garantizar el crecimiento y la continuidad del mismo más allá de su vida. Es deber nuestro hacer lo mismo.

Hagamos todos nuestra parte como levadura de Dios, como sembradores, a fin de que Su reino se expanda por entre los que nos rodean. Participemos todos en el cumplimiento del mensaje de estas parábolas de Jesús.



